

En las seis semanas que sobrevivió Capistrano á Huniades, no se rió ni una sola vez. En fin, murió también en Hungría á 25 de octubre, siendo de edad de setenta y un años. Sus virtudes constantes y sus obras maravillosas le colocaron en el número de los Santos. Algunos escritores se han atrevido á acusar de vanidad la relacion de la batalla de Belgrado que envió al Papa y al emperador, porque no atribuye á Huniades toda la parte que parecia haber tenido aquel general en la victoria. Pero ¿no debia bastar el nombre de un santo reconocido por la Iglesia para defenderle de la sospecha denigrativa de unos celos infames? ¿Y no son antes bien sus muy poco reflexivos censores los que merecen ser acusados, no solo de temeridad, sino también de una inteligencia muy escasa en las cosas de Dios? Si para formar sus juicios hubiesen tenido presentes estas consideraciones superiores é indispensables cuando se quiere decidir acerca de las obras de los Santos, ¿no hubieran comprendido, que atribuyendo un hombre enteramente apostólico el buen éxito de las armas al fervor de la oracion y á aquella fé que traslada los montes de una parte á otra, referia verdaderamente toda su gloria al primer autor de semejante prodigio? San Juan Capistrano, natural de Italia, era hijo de un caballero de Angers, que habia acompañado al duque de Anjou, llamado al reino de Nápoles. A pesar de todos sus trabajos apostólicos, dejó un gran número de obras que le adquirieron la reputacion de ser uno de los sábios de su siglo.

Después de la muerte de Huniades quiso Mahomet vengarse en algun modo de los males que de él habia recibido, y para esto pensó descargar el golpe en Scanderberg, á quien miraba como el único enemigo digno de resistirle. Envió desde luego sus generales á Albania con numerosos ejércitos para que le diesen vencidas las primeras dificulta-

des; pero fueron derrotados por todas partes, y el sultan temió aumentar su ignominia, queriendo vengarla. Del mismo modo fueron tratados en Rodas y en los mares del Archipiélago por el cardenal de Aquilea. Lo que especialmente cubrió de confusion á las armas otomanas, y manifestó la obra del Todopoderoso, fué el débil brazo que los venció en la isla de Lesbos. Viendo una doncella lésbica (1) que los infieles habian abierto ya brecha en la mejor plaza del pais, y que consternados los cristianos solo pensaban en huir, inflamada repentinamente del fuego que anima á los héroes, echó mano de las primeras armas que encontró, se arrojó en medio de los bárbaros, mató á todos los que la impedian el paso, infundió tanto terror en el ejército enemigo, y alentó de tal modo á sus compatriotas, que puestos en batalla bajo sus órdenes, y esforzándose á imitar su denuedo, obligaron á los turcos á refugiarse á las naves en medio de la mayor confusion, después de haber sufrido una pérdida considerable.

No fueron mas felices los turcos con Usum-Cassan, rey de Persia. Este príncipe, que sin embargo de ser mahometano se habia casado con la hija del emperador de Trebisonda, levantó un ejército contra el gran señor, á instancias del Papa y de los venecianos, y derrotó sus tropas en dos batallas sangrientas. Después envió embajadores al Papa, con cartas en que confesaba que debia aquellas dos victorias á la mano de Dios, mas bien que á sus propias fuerzas; daba gracias á Calisto por las oraciones con que le habia alcanzado la proteccion del Dios de los ejércitos, y le decia que seria eterno su agradecimiento (2). No llegaron estas cartas á Roma hasta el Pontificado siguiente, durante el cual fué derrota-

(1) *Æn. Sylv. ep.* 282.

(2) *Æn. Sylv. As. c.* 74; *Platin. in. Calist. III.*

do aquel príncipe en la tercera batalla dada en 1461.

Por este tiempo la muerte de Huniades habia ocasionado unas revoluciones muy funestas en Hungría (1). Creyendo el conde Ulrico de Ciley, tío del joven rey Ladislao, que no habia ya ninguna persona capaz de hacer sombra á su autoridad, trató de erigirse en dueño absoluto del gobierno, y como los hijos de Huniades presentaban todavía algun obstáculo á su ambicion, recurrió á la calumnia, y no omitió ningun medio para indisponerlos con el rey, el cual habia ido á Belgrado á coger los frutos de la victoria de su padre. Indignados los húngaros de ver una ingratitud tan vil y monstruosa, cometida en el mismo teatro del triunfo de su libertador, resolvieron arruinar al conde, sin pararse en la calidad de tío de su soberano; y habiéndole cercado en presencia de este príncipe, le despedazaron después de haber pasado algunas palabras injuriosas entre él y el hijo primogénito de Huniades. Temiendo el rey mayores atentados, disimuló su ira, y prometió el perdón á los matadores; pero luego que volvió á Buda, mandó prender á los dos hijos de Huniades y á algunas otras personas. Tres dias después el mayor de los dos hermanos, llamado Ladislao, fué condenado á ser degollado en un cadalso, y se le ajustició públicamente sin ninguna dilacion. Sufrió su desgracia con una firmeza digna de la noble sangre que circulaba por sus venas, y que estimuló á los húngaros á apreciar mas y mas al otro hermano que quedaba, llamado Matias, al cual se le perdonó la vida con motivo de su corta edad, pero quedó preso en Bohemia, que estaba entonces sujeta al mismo príncipe que la Hungría.

Pasó el rey á Praga (1457) para recibir á Magdalena, princesa de Francia, que le

habia sido dada en matrimonio por el rey Carlos VII su padre, y debia llegar muy en breve. Este príncipe que á la edad de diez y ocho años era mirado como uno de los mas completos de Europa, tenia una aversion estremada al espíritu de secta y de heregía. Roquesana, que continuaba siendo arzobispo sin título y sin institucion canónica, se presentó á él acompañado de un gran número de sus partidarios hereges; le recibió el príncipe con una indiferencia desdenosa, y no se hubiera dignado honrarle con una sola mirada, á no haber sido por Pogebrac que gobernaba el reino como señor absoluto, y por lo mismo no se atrevia el rey á chocar con él. Al contrario cuando descubrió los sacerdotes católicos: «hé aquí, dijo, los verdaderos ministros de la Religion;» se apeó del caballo, saludó á todos y á cada uno de ellos con afabilidad y besó respetuosamente la cruz que llevaban. Estaban desechados los hereges, y apenas fueron dueños de dejar de manifestar allí mismo su resentimiento. Pero al cabo de un mes murió el rey de resultas de un veneno que, según la opinion comun, le dieron por orden de los dos gefes de la faccion de los husitas, esto es, de Roquesana, para consolidar su secta con su episcopado sacrilego, y de Pogebrac, con el designio de elevarse al poder supremo (1). El joven y desgraciado monarca, en medio de los crueles dolores que le causaba el veneno, no pensó en otra cosa que en no perder ninguna de las ventajas del martirio; recibió los Sacramentos con una piedad que enterneció á todos los concurrentes; recomendó cariñosamente su ingrata nacion al que habia de ser su sucesor, y espiró con los sentimientos mas dignos de la Religion por cuya causa moria.

El rey Ladislao dejaba vacantes dos tro-

(1) *Bonif. Dec.* 8, l. 5; *Mich. l.* 4, c. 67; *Æn. Boh. c.* 69 etc.

(1) *Æn. Sylv. hist. Bohem. c.* 66 et seq.

nós que tuvieron al principio muchos competidores; pero en 24 de enero del año 1458 la memoria de los servicios del grande Huniades reunió casi todos los votos de los húngaros á favor de su hijo Matías, el cual fué proclamado rey en el mismo instante, sin embargo de que se hallaba preso en Bohemia. La dificultad estaba en sacarle de entre las manos de Pogebrac, que mandaba en aquel reino con mas despotismo que nunca, desde la muerte de Ladislao. Pero se ejecutó esta empresa con una felicidad que no se esperaba. El cardenal de Sant-Angelo, el hábil y virtuoso Carvajal, que continuaba siendo legado en Bohemia, solicitó la libertad de Matías, con aquel interés que manifestaba en todas las cosas que podian ceder en beneficio de la Religion; y quiso Pogebrac aprovechar una ocasion tan favorable para reconciliarse con Roma, adquirir reputacion de generosidad, y allanar el camino del trono, bien que al cabo no pudo menos de desmentirse, como sucede ordinariamente á las virtudes que no son sinceras, pues exigió, además de sesenta mil escudos de oro, que Matías se casase con su hija (1).

En fin, el día 2 de marzo del mismo año se hizo proclamar rey de Bohemia, sin hallar casi ninguna oposicion (2). Los católicos que le habian negado sus votos, temiendo que, imbuido en los errores de Juan Hus, aboliese su Religion, fueron reducidos fácilmente con todas las fuerzas del Estado, las cuales tenia á sus órdenes. Pero lejos de perseguirlos escesivamente, los trató con mucha moderacion, procuró ganarse su confianza, habló siempre con respeto de la autoridad pontificia, y manifestó grandes deseos de volver á entrar en la comunión de la Iglesia. Su nuevo estado le

(1) Bonif. 35, Dec. 9. (2) Coch. l. 12; Du-Bray. l. 30; Papic. l. 6.

habia hecho abrazar en efecto, si no una nueva fé, á lo menos un plan enteramente nuevo de política y de conducta. Habia intrigado por medio de una secta facciosa, para elevarse á la autoridad suprema; y á fin de asegurar esta autoridad y la quietud pública, tomó la resolucion de exterminar por lo menos á los sectarios mas sediciosos. Los varios partidos de estas gentes turbulentas, reunidos en otro tiempo con motivo de sus desgracias comunes y de su ruina casi total, estaban ya divididos desde el punto en que repararon sus pérdidas á beneficio de las tinieblas, del disimulo y de las sordas intrigas de la seduccion. Los que no habian querido contentarse con la comunión bajo las dos especies, eran los mas fuertes, y habian vuelto á establecerse en su antiguo asilo del Tabor, donde profesaban abiertamente los cuarenta y cinco artículos de su impiedad primitiva.

No atreviéndose el nuevo rey á acometerlos á cara descubierta, se valió de un artificio, concertado con Roquesana, de cuya religion podemos formar juicio por este solo rasgo. Este intruso, menos adicto á la heregía que esclavo de la fortuna, fingiendo que era todavía del partido de aquellos hereges, les persuadió que se obligasen á sujetarse irrevocablemente y sin apelacion á lo que se resolviese en la asamblea general de los husitas, la que fué convocada despues de haber tomado las providencias mas eficaces y seguras para detarla sus resoluciones. Fueron condenados en ella, y habiéndose negado á cumplir su palabra procuró el rey que se les mirase como enemigos de todo orden público, los hizo generalmente odiosos, y marchó contra ellos con todas las fuerzas del reino. Puso sitio al Tabor, en donde se defendieron comb furiosos por espacio de un año, y habiendo tomado la plaza por asalto, fueron pasados á cuchillo con una severidad tan escrupulosa que no que-

dó vivo ni uno solo de ellos. Para destruir hasta los vestigios de la rebelion en un pais en que convenia conservar la mayor tranquilidad, no quiso que quedase en pie la ciudad del Tabor, que era la mas fuerte de todos sus Estados, sino que mandó quemar cuantas casas habia en ella y demoler sus fortificaciones; de suerte que la subida de Pogebrac al trono, que tantas inquietudes habia causado en orden á la Religion, sirvió para que hiciese esta mayores progresos.

Por otra parte el rey Alfonso de Aragon libertó al Pontífice y á la Silla romana de los recelos que les habia causado desde que puso los pies en Italia. Enemigo implacable de Génova, juntó fuerzas bastante considerables para sitiarse aquella gran ciudad por mar y por tierra. Sus generales habian interceptado ya todas sus comunicaciones, y la tenian tan apurada, que viéndose reducida al mayor extremo iba á entregarse, cuando se supo que aquel príncipe habia muerto de una calentura maligna á 27 de junio de 1458, estando todavía en Nápoles. Fué un príncipe valeroso, liberal, sábio y protector de las letras; sin embargo, mereció muy poco el renombre de Grande, á no ser que la probidad y la justicia no entren para nada en el carácter de un gran príncipe (a). Su hermano Juan, que era ya rey

(a) Vuelve aqui nuestro historiador á ajar la memoria de Alfonso V el Magnánimo; pero despues de lo que sobre el particular habemos dicho en las notas anteriores, creemos escusado estendernos mas aqui en refutar tan exajeradas inculpaciones. Alfonso V falleció en el castillo del Ovo de Nápoles en 27 de junio (Henrion decia el 28) de 1458, á los sesenta y cuatro años de edad y á los cuarenta y dos de un reinado activo y laborioso. En su testamento dejó encargado se distribuyesen sesenta mil dueados en la armada que habia de ir contra el turco, y que su cuerpo fuese trasladado lo antes posible al monasterio de Poblet, en Cataluña y fuese enterrado á la entrada de la iglesia en la tierra desnuda para ejemplo de humildad.—Cuatro años antes de la muerte del rey Alfonso V de Aragon esto es, en 21 de julio de 1454, murió el rey don Juan II de Castilla, á la edad de cuarenta y nueve años y de un proceloso reinado de cerca de cuarenta y ocho; agitado siempre de facciones y tumultos. Fué este príncipe aficionado á historia; y honrador de los doctos. Erigió

de Navarra, le sucedió en los reinos de Aragon y Sicilia, y Fernando, su hijo natural y único, conservó el reino de Nápoles que le habia dado antes de morir. Entre los muchos competidores y contradictores que tuvo Fernando, fué sin duda el Papa Calisto uno de los mas temibles; pero quedó libre de él en el mismo año de su advenimiento al trono. Calisto, que tenia ya ochenta años, murió en Roma el día 8 de agosto, despues de haber ocupado la Santa Sede tres años y cuatro meses. Dos años antes de morir creó en dos promociones nueve cardenales, y entre ellos al célebre Eneas Piccolomini, que fué su sucesor (a).

A los diez dias del funeral entraron en cónclave, segun costumbre, los diez y ocho cardenales que habia en Roma. No duró mas que de siete á ocho dias y fué uno de los mas fecundos en intrigas notables. El primer día no hicieron los cardenales mas que estar en observacion y sondearse unos á otros; el segundo se convino en algunos artículos que debia observar el Papa futuro, especialmente el de no crear cardenales sin el consentimiento del Sacro Colegio; por último, en el tercero se puso en el altar el cáliz de oro, adonde fué cada cardenal á dejar, segun costumbre, la cédula ó billete del escrutinio en presencia de los tres cardenales observadores. El cardenal de Sena,

Chancillería en Madrid en el año 1442. Venió junto á Granada á los moros matándoles diez mil en la batalla de Igüera en 1431, debiéndose la victoria principalmente á su presencia y esfuerzo. Por su muerte subió al trono de Castilla Enrique IV, su hijo, á la edad de 29 años cumplidos, principiando un reinado todavía mas revuelto y proceloso que el de su padre, aunque mucho mas corto. Véase Mariana, Ortiz, Lafuente, etc. (N. del E.)

(a) Dice un historiador que en el mismo día en que murió Calisto III renunció el arzobispado de Valencia, á favor de su sobrino el cardenal Rodrigo de Borja, que fué despues Papa con el nombre de Alejandro VI, y añade deban citarse como obras de Calisto III las siguientes: *Synodus dioecesisana Valentina celebrata Valentina anno 1432*, y *varias epistolas latinas*, de las cuales se hallan nueve entre las de Pio II; siendo las principales, una á San Juan Capistrano y otra al rey Carlos VII de Francia. (N. del E.)

Eneas Piccolomini, y el cardenal de Bolonia fueron los que reunieron mayor número de votos. Ninguno de los otros tuvo mas de tres; y el de Rouen, que se vió luego muy próximo á ser Papa, no tuvo ninguno. Despues de una division tan extraordinaria se celebraron varias juntas particulares, en que los cardenales mas poderosos y mas insinuantes solicitaron los votos, ya para sí, ya para sus amigos, valiéndose de súplicas, promesas y aun amenazas. El cardenal de Rouen, que temia sobre todo al de Sena, dijo á cada uno de ellos privadamente: «¿En qué pensais cuando quereis hacer Papa á Eneas Piccolomini, á un pobre, á un gotoso, á un poeta que no tiene ningun conocimiento de los cánones ni de las letras sagradas, y querrá gobernar la Iglesia segun las leyes de la mitología, que son las únicas que sabe? ¿Quién nos asegurará de que movido de su inclinacion á Alemania, de donde apenas acaba de llegar ese criado de un principe aleman, no tome la resolucion servil de trasladar á ella la Silla apostólica? En cuanto al cardenal de Bolonia, ¿habiais de establecer (decia) por Gefe de todo el mundo cristiano á ese hombre de tan pocos alcances, cuya estupidez compite con su terquedad, que no sabe gobernar su propia iglesia, y que no tiene ni aun el menor grado de instruccion para el gobierno de la Iglesia universal, ni la docilidad necesaria para tomar consejo (1)?»

Con estas insinuaciones y con otros muchos artificios logró atraer á su partido once cardenales, y entre ellos á los virtuosos griegos Isidoro y Besarion, á los cuales nombramos para que no se fie el lector ligeramente de la pintura algo recargada quizá que hizo Piccolomini del cardenal de Rouen. No le faltó mas que un voto para reunir el número conveniente, esto es, las dos

(1) *Comment. Pii II, l. 1*

terceras partes de la totalidad: de donde se infiere que habia en el cónclave diez y ocho cardenales, como hemos dicho, y no veintidos ni veintiuno, como lo han asegurado sin reflexion algunos historiadores. La víspera del escrutinio fué el buen cardenal de Bolonia á buscar á Silvio á media noche, y le dijo con mucha impaciencia: «¿Sabeis que va á ser Papa el cardenal de Rouen? Su intriga está ya formada, y no espera mas que la formalidad del escrutinio. Yo os aconsejo que os levanteis inmediatamente y vayais á ofrecerle vuestro voto, para que deponga el resentimiento que pueda tener porque habeis competido con él. Por lo que á mí toca, no quiero que me suceda lo que en el último cónclave, pues nunca me miró Calisto con buenos ojos, porque no opiné á su favor. Os doy como amigo el consejo que me propongo seguir.»

Respondióle Silvio que hiciese lo que mas le agradase; pero «en cuanto á mí, dijo, jamás daré mi voto á un hombre absolutamente indigno de una dignidad tan santa. ¡Dios me libre de incurrir en una falta tan grande! Si los demas votaren por él, ellos darán cuenta de su conducta; yo no quiero gravar así mi conciencia. Decís, y no lo niego, que es malo incurrir en la desgracia del Papa. Pero ¿qué podrá hacerme? Me dejará en mi miseria. Y bien: el que está acostumbrado á ella, la sufre fácilmente. He sabido vivir pobre, y sabré morir del mismo modo. Por lo demás, no puedo persuadirme que quiera Dios abandonar su esposa querida á un sugeto tan indigno de representarla. Jamás permitirá que ese palacio sagrado, en que habitaron tantos santos Pontífices, sea profanado por un ambicioso, por un avaro, por un hombre que solo apetece los honores y los bienes terrenos, y por un verdadero simoniaco. Dios es el que da el Pontificado y no los hombres: él confundirá esas maquinaciones sacrilegas;

y mañana se verá que los Papas no deben á otro ninguno su elevacion. Si teneis fé, si sois verdaderamente cristiano, no dareis vuestro voto á aquel que es reprobado por el cielo.»

Hicieron tanta impresion estas palabras en el cardenal de Bolonia, que prometió desde luego no votar por el de Rouen. El dia siguiente fué Eneas Silvio muy de mañana á buscar al cardenal español, vice-canciller de la Iglesia romana, y le preguntó si estaba tambien por el cardenal de Rouen. «No he podido menos de tomar este partido (le respondió ingenuamente), porque es tan poderosa su faccion, que no hay duda en que saldrá elegido. Oponiéndome yo á sus designios, no haria otra cosa que conciliarme su odio y perderia infaliblemente mi empleo de vice-canciller, en el cual continuaré segun se me ha asegurado por escrito, siempre que le dé mi voto.» Me admiró, replicó Silvio, de que os fieis de un jóven que no tiene ningun miramiento, religion ni probidad. Está muy bien: cumplid vuestra palabra, que así lograreis dar la cancelaria al cardenal de Aviñon, á quien ha sido prometida igualmente que á vos, á no ser que os lisongeéis con la vana esperanza de que se haya de saltar á un compatriota mas bien que á vos que sois español. Si ninguna consideracion os merece el bien de la Iglesia, ved por lo menos lo que podeis esperar de un Papa de la nacion francesa, enemiga de la vuestra.» Aunque no replicó el vice-canciller, dió á entender la impresion que hacian en él estas palabras.

Ya fuese que el cardenal de Pavía hubiese presenciado esta conversacion ó tenido noticia de ella y héchole sensacion, ello es que la emprendió tambien con él Piccolomini, y recibió por primera respuesta que se hallaba comprometido de tal modo, que no le era posible variar de resolucion. «Cierto (replicó Piccolomini) que seguís grandemente las

huellas de los ilustres personajes de vuestra propia sangre. El cardenal Brando, vuestro tio, de digna memoria, se inmortalizó restituyendo á Italia, por medio de la eleccion de Martino V, el Pontificado que Juan XXIII se proponia fijar en Alemania con motivo del concilio de Constanza; y vos, que sois italiano, os empeñais en hacer que vuelva á pasar de Italia á Francia. Acaso me direis que esto no puede ejecutarse sin el consentimiento del Sacro Colegio, y que el Papa no le obtendrá jamás. Pero, hablando de buena fé, una vez que el Papa quiera retirarse de Italia, ¿habrá ni un solo cardenal que se atreva á oponerse á su designio? Vos sereis el primero que le digais: *Padre Santo, á vos toca mandar, y á nosotros obedecer.* ¿Y cuál es la suerte de Italia cuando el Papa está fuera de este pais? Mas si permanece en Roma, esta capital del mundo y nosotros mismos seremos esclavos de los franceses. Ya habeis observado que en tiempo de Calisto lo mandaban todos los catalanes; y despues de haber experimentado la tiranía española, ¿querreis sujetaros al yugo francés? Ya vereis cómo esa nacion inquieta nos oprime y humilla en el Sacro Colegio, alejando de él nuestros amigos y parientes, y agraciando á sus paisanos con cuantas vacantes ocurran; de modo que llegará á ser tan grande su autoridad é influjo, que muy en breve dispondrán del Pontificado. Y luego, ¿á qué francés pretendeis instituir Vicario de Jesuista? ¿No habeis dicho cien veces que estaba perdida la Iglesia si en algun tiempo tenia por Gefe al arzobispo de Rouen, y que mas bien querriais morir que consentir en su eleccion? Pues ¿por qué habeis mudado de pensamiento en un instante? ¿Será porque el que era un demonio se ha convertido instantáneamente en ángel? ¿ó porque siendo vos ángel de luz, os habeis convertido en ángel de tinieblas? ¿Dónde está el amor que teniais á vuestra